

Altamar

*Nancy Puga**

Chicas enjutas que se quedan sin su abrazo. Ellos elevando la mano derecha, con movimientos sincronizados –los puños de sus camisas traen mancuernillas–. Ese movimiento abre los adioses que se quedan en reposo para un mejor mañana, donde los esposos regresan un viernes con sabor a beso.

El barco zarpa en un solo movimiento, penetrando a la bruma, al corazón del océano, al ocaso que se esponja y hace de la nave un punto en el infinito.

Entre las chicas se quedó Julia en el puerto, anquilosada, con carencia de ánimo y la piel reseca por la sal del mar. Llevaba el vientre abultado, ocupado desde hacía cinco semanas. Se lo guardó para sí. No tendría ningún caso decírselo. La esposa lo esperaba en el siguiente puerto y ella se quedaría reducida a casi nada, a un pequeño polvo que se lleva el viento o menos que eso.

Abrió su bolsa y encontró la foto que le regalaría al partir, pero lo había olvidado. La foto estaba ahí, era ella de perfil, en un evento de noche. Lucía delgadísima con un traje verde de terciopelo, sombrero y zapatillas negras. Se veía de otro tiempo. Como si los años los tuviera en la mirada.

Huérfana desde niña, vivió con un hermano que la había abandonado en su adolescencia después de abusar de ella. Creció con ayuda de las vecinas, que le explicaban cómo asearse cuando le venía el periodo. Siempre se sentía indecisa de muchas cosas. La cabeza la tenía minada por los recuerdos, de vez en cuando le relampagueaban y por dentro un mar crecía hasta levantar olas enormes que la hacían naufraga en su propio interior. Jamás tuvo la sensación de pertenecer

* Psicóloga Clínica, egresada de la Universidad Autónoma de Querétaro. Cursó el diplomado en Creación Literaria en el Centro de Creación Literaria Xavier Villaurrutia, INBAL. Correo electrónico: [nancypuga.p.87@gmail.com].

a nada, a nadie, a un lugar, a una familia, a sí misma. La vida se convirtió en una culebra que la fue mordiendo día con día.

Julia prefería relacionarse con casados, o con los que no pudiera generar un vínculo. El miedo al abandono siempre estaba presente. La espera a un nuevo encuentro era larga, como largos eran sus dedos; de haber vivido en otras circunstancias le hubiera venido de maravilla ser pianista.

Se encontraba en ese puerto maloliente, todas las demás se habían ido, ella se quedó como una estatua, como si los zapatos estuvieran adheridos al piso. Contempló su retrato hasta que el anochecer le nubló la vista. Para esas alturas qué importaba que el fulano no se hubiera llevado la foto, eso no remediaba nada. La tomó con cuidado y la guardó en un pequeño sobrecito. Después del primer paso se perdió por el callejón entre la bruma de la noche.

La mañana siguiente desayunó en silencio. Salió a trabajar como todas las mañanas. Julia despachaba pescado fresco cerca del puerto. Ese puesto le había traído de todo, desde las diversiones más inocentes hasta las desgracias amorosas más intolerables. Había sido su único trabajo, llevaba casi once años despachando truchas de todos tamaños. El olor a pescado se metía por sus poros. Era un aroma nauseabundo, del que ni siquiera reparaba, como en otras tantas cosas. Al llegar como de costumbre colgaba su abrigo verde oscuro en un pequeño clavo. No daba los buenos días, no quería que se notara su presencia, simplemente empezaba a despachar, así era su dinámica por el resto del día. Los clientes apenas le conocían la voz. Era una voz y figura tan insípidas que cualquiera olvidaría a ese ente al dar la vuelta.

Deseosa de tener a una amiga, no sabía cómo conseguirlo, se sentía idiota en todos los sentidos. No se atrevió a acercarse a alguna chica. ¿Cómo es que uno se hace amiga de otro?, pensó.

Por las noches sus ventanas carentes de bisagras rechinaban por el aire del puerto. Todo ahí era desolado. Al cabo de un rato se quedaba dormida arrullando su vientre. La indecisión la asaltó en varias ocasiones. ¿Qué haría con esa criatura? ¿Cómo saldría adelante? Y si mejor...

Después del trabajo se le veía por las calles con una prenda verde, siempre un verde oscuro que la caracterizaba. Por lo menos eso sí lo tenía claro. Ése era su color favorito. El cansancio era evidente, algo tenía que hacer, quizá juntar un poco de dinero por si el marinero tardaba en regresar. Enfrentaba todo sola, así que lo tomó como algo natural.

Los meses se fueron sumando y el dinero también. Su estado físico le admitió un permiso en el trabajo. Empacó algunas cosas en un viejo maletín. Al remover los cajones encontró un botón muy fino del que andaba ausente. Lo metió en el sobrecito, junto a la foto que nunca le daría. Las lágrimas recorrieron las venas del cuello hasta llegar a las pelusas de su abrigo viejo. De su boca brotó un pequeño murmullo gutural. Quizá aún estaba a tiempo para sacar de su cuerpo a esa masa que la pondría a prueba. Un temblor le recorrió el cuerpo, pero sus pies no cesaron. Tomó el maletín, salió al callejón. Dejó la puerta abierta.

Esa tarde el ocaso trajo un barco en donde se encontraba el marinero con un botón faltante. Ese mismo barco cargaba su futuro, un futuro que Julia no alcanzaría a conocer. Él había dejado a su esposa y venía a sacarla de su sopor, de su castañear de dientes y de una ausencia de vida propia.

Para entonces Julia podría ir viendo por la ventanilla de un viejo tren, con la esperanza de encontrar otro camino al lado de su hijo o hija. Ojalá no se parezca a mí, pensaba. Quería borrarse para siempre, que su huella no le alcanzara nunca.

O bien podemos decir que cuando el marinero llegó a casa de Julia, ella iba cayendo al fondo del mar, aferrada a una barra de metal pesado, porque no había remedio que aliviara una vida entera.

En la calle se ve a lo lejos una puerta de madera que se golpea con el viento, es el pequeño recinto de Julia, que no regresa.